



Hagamos propósito de acudir con fidelidad cada día, a «este poquito de tiempo que nos determinamos a darle»

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Cuenta de él mismo San Alberto Hurtado, como le respondió a alguien que le veía siempre lleno de trabajo: *«Usted me pregunta cómo se equilibra mi vida, yo también me lo pregunto. Estoy cada día más y más comido por el trabajo: correspondencia, teléfono, artículos, visitas, el engranaje terrible de las ocupaciones, congresos, semanas de estudios, conferencias prometidas por debilidad, por no decir "no", o por no dejar esta ocasión de hacer el bien, presupuestos que cubrir, resoluciones que es necesario tomar ante acontecimientos imprevistos. La carrera a ver quién llegará el primero en tal apostolado urgente. Soy con frecuencia como una roca golpeada por todos lados por las olas que suben. No queda más escapada que por arriba. Durante una hora, durante un día, dejo que las olas azoten la roca; no miro el horizonte, sólo miro hacia arriba, hacia Dios»*¹.

Podemos cada uno de nosotros ampliar este elenco de trabajos, agobios..., pero dándole la misma solución.

San Ignacio en la décimo segunda anotación (E.E. n° 12) nos advierte que no dejemos el tiempo señalado a la oración: *«porque el enemigo no poco suele procurar que se acorte la hora de dicha contemplación, meditación u oración»*.

Si queremos hacer oración, y hacerla bien, es preciso empeñarnos. Y lo primero que hay que hacer es fijar todos los días con verdadero deseo, un tiempo para la entrevista con Dios. Tenemos que procurar comprometernos a hacer oración a una hora fija del día. No podemos esperar para hacerlo solamente cuando tengamos ganas o tiempo, porque, posiblemente no lo tendremos nunca y corremos el riesgo, o peor aún, el peligro de no hacerlo nunca. Que ese tiempo, como dice la Santa, sea solo para Dios dejando todo lo demás.

«Este poquito de tiempo que nos determinamos de darle de cuanto gastamos en nosotros mismos y en quien no nos lo agradecerá, ya que aquel rato le queremos dar, démosle libre el pensamiento y desocupado de otras cosas, y con toda determinación de nunca jamás se le tornar a tomar, por trabajos que por ello nos vengan, ni por contradicciones ni por sequedades; sino que ya como cosa no mía tenga aquel tiempo y piense me le pueden pedir por justicia cuando del todo no se le quisiere dar» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 32,2).

El Padre Pío advirtió claramente, que no dedicarle el tiempo diario a la oración, que perder tanto tiempo en otras cosas, la mayoría de las veces inútiles, no es bueno: *«"Hoy se vive sin fe, o con fe tibia": Se ha perdido la ruta por no querer emplear un poquito de tiempo con Dios. El orar os provoca fastidio. Estáis muy apegados al mundo y ya no sentís necesidad de Dios. Lo imagináis lejos de vosotros, y por eso lo*

¹ Un fuego que enciende otros fuegos. Centro de Estudios San Alberto Hurtado. Santiago de Chile. 2004. p. 61.



mantenéis arrinconado como si no existiese. Halláis solamente tiempo para vuestro mortal entretenimiento, el televisor, ofuscando siempre más y más vuestras mentes, contagiadas con tantas revueltas malsanas y pecaminosas. ¡Reavivad vuestra fe! La oración es el gran negocio de la salvación humana. El que ora se salva; el que no ora, se condena. La oración es nuestra mejor arma. Es la llave que abre el corazón de Dios. No se consigue la salud espiritual sino con la oración; no se gana la batalla sino con la oración... Es la pérdida del tiempo pasado inútilmente en el pecado lo que gradualmente arrastra al infierno. Este es el primer problema: evitar la pérdida del tiempo. Despertemos, pues la dejadez lo destruye todo, realmente destruye todo»². Vemos que para él la causa de la crisis de fe que lleva a la indiferencia es el no acudir asiduamente a la oración: este era el diagnóstico que él hacía de su tiempo, en la primera mitad del siglo pasado. La causa de esta poca vitalidad de la fe sigue siendo, ayer y hoy, la misma. Lo contrario es lo que decía la Santa: «se ve claro que por aquí (la oración) se remediaron todos mis males». ¿Cómo no poner remedio, y ponerlo pronto a tantos males de hoy?

Nuestra vida será tan valiosa, como sea nuestra oración. Si es poco frecuente, poco valor tendrá nuestra vida, porque sin el trato con Dios, ¿qué vale una vida terrena? Si somos más constantes en la oración, irá tomando otro cariz distinto, porque los que tratan con Dios, Él les dice muchas cosas prácticas para vivir mejor. Si es continua nuestra vida de oración, que hermosa será nuestra vida humana, porque si buscamos a Dios «*todo se os dará por añadidura*» (Mt 6,36).

«Miren esto, por amor de Dios, todos los que tratan oración. Sepan que el tiempo que estuve sin ella era mucho más perdida mi vida» (Vida 19,11).

Pensemos en hacer este firme propósito, porque seguramente que por no ir a la cita con Él en la oración, habremos estado muchas veces sin caer en la cuenta que el Señor está junto a nosotros, que nos espera, y al no reparar en ello, sin duda, que nos habremos privado, por no ir a la oración, de gozar de su presencia. Seguro que estaría esperando una palabra nuestra, una mirada con cariño, y por no ir a la oración, no la ha encontrado. Es más, cuántas veces le hemos dejado en plantón, esperando para darnos una gracia suya que estamos necesitando, pero por no ir a la oración, hemos rechazado ese don. Y, por no ir a estar con Él, que a lo mejor nos quería cargar con su cruz, nos hemos ocupado de otras cosas menos importantes, y le hemos hecho un desprecio del sacrificio que nos quería ofrecer. La oración es un gran remedio para los males, y en los ejercicios para convertirnos. No puede faltarnos esta gran ayuda de parte de Dios, no le faltemos nosotros a Él.

«Quisiera decir las muchas veces que en este tiempo falté a Dios, por no estar arrimada a esta fuerte columna de la oración» (Vida 8,1-2).

Todos los días hay que despertar el ansia de estar ratos con Él. De lo contrario, puede ser que nos liemos y dice la Santa:

«De devociones a bobas nos libre Dios» (Vida 13).

Al final de nuestra vida nos apenará no haber aprovechado mejor el tiempo que Dios nos dio para haber pasado más tiempo haciendo en la tierra lo que un día haremos en el cielo; haber pasado más

² LAUREANO BENITEZ, El Padre Pío. Mensajes del santo de los estigmas. Ed. San Pablo, Madrid, 2014. p. 149.



ratos y más largos en oración; hablando con Él, escuchando lo que nos quería decir, mirándole sin prisa, con cariño... Y si estamos pasando un periodo difícil, en periodos de sequedad, también la Santa nos da el remedio, para que nunca le abandonemos en la oración:

«Ayúdele a llevar la cruz y piense que toda la vida vivió en ella (en sequedad) y no quiera acá su reino ni deje jamás la oración. Y así se determine, aunque para toda la vida le dure esta sequedad, no deje caer a Cristo con la Cruz...» (Vida 11,10).

Reconoce la Santa, que hasta el demonio sabe que el sacerdote, el religioso, el laico que reza, tiene muchas posibilidades de convertirse.

«Sabe el traidor que alma que tenga con perseverancia oración la tiene perdida y que todas las caídas que la hace dar la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en lo que es su servicio: ¡algo le va en ello!» (Vida 19,4).

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!